



MUNDO DE SIETE POZOS

OBRAS DE LA AUTORA

- La Inquietud del Rosal*; versos (Agnada)
El Dulce Día; versos (3^o edic.) En venta
Irremediablemente; versos (2^o edic.) en venta
Letargia; versos (2^o edic.) En venta
Ocre; versos (4^o edic.) En venta
Poesmas de Amor; prosa (3^o edic.) En venta
El Amo del Mundo; teatro. Agnada
Das Farsas Pirogénicas; teatro. En venta

ALFONSEINA STORNI

MUNDO DE SIETE POZOS

P O E M A S



EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760
BUENOS AIRES

**Printed in Argentina
Impreso en la Argentina**

ES PROPIEDAD.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

A

Alejandro

“tiene mi vida que bien vale un verso”

MUNDO DE SIETE POZOS

Se balancea
arriba, sobre el cuello,
el mundo de las siete puertas:
la humana cabeza ..

Redonda, como dos planetas:
arde en su centro
el núcleo primero.
Osea la corteza;
sobre ella el limo dérmico
sembrado
del bosque espeso de la cabellera.

Desde el núcleo,
en mareas
absolutas y azules,
asciende el agua de la mirada
y abre las suaves puertas
de los ojos como mares en la tierra.

...tan quietas
esas mansas aguas de Dios
que sobre ellas
mariposas e insectos de oro
se balancean.

Y las otras dos puertas:
las antenas acurrucadas
en las catacumbas que inician las orejas;
pozos de sonidos,
caracoles de nácar donde resuena
la palabra expresada
y la no expresa;
tubos colocados a derecha e izquierda
para que el mar no calle nunca,
y el ala mecánica de los mundos
rumorosa sea.

Y la montaña alzada
sobre la línea ecuatorial de la cabeza:
la nariz de batientes de cera
por donde comienza
a callarse el color de la vida;

las dos puertas
por donde adelanta
—flores, ramas y frutas—
la serpentina olorosa de la primavera.

Y el cráter de la boca
de bordes ardidos
y paredes calcinadas y reseca;
el cráter que arroja
el azufre de las palabras violentas,
el humo denso que viene
del corazón y su tormenta;
la puerta
en corales labrada suntuosos
por donde engulle, la bestia,
y el ángel canta y sonríe
y el volcán humano desconcierta.

Se balancea,
arriba,
sobre el cuello,
el mundo de los siete pozos:
la humana cabeza.

Y se abren praderas rosadas
en sus valles de seda:
las mejillas musgosas.

Y riela
sobre la comba de la frente,
desierto blanco,
la luz lejana de una luna muerta...

O J O

Reposa.
El crepúsculo
muere más
allí, donde, pájaro quieto,
aguarda.

Mares tristes,
apretados,
mueven
en él
sus olas.

Los paisajes
del día
lo navegan
lentos.

Tímidas,
las primeras ca'rellas
lloran
su luz insuborn
en la pupila fija.

En el fondo oscuro
largas hileras
se le desplazan
incesantemente:

Parten
en distintas
direcciones;
retroceden;
tocan
los primeros hombres:

Gimen porque nace el sol.
Gimen porque muere el col...

Todo está allí,
apretado en la cuenca,
donde,
pájaro quieto,
aguarda.

Y LA CABEZA COMENZO A ARDER

Sobre la pared
negra
se abría
un cuadrado
que daba
al más allá.

Y rodó la luna
hasta la ventana;
se paró
y me dijo:
"De aquí no me muevo;
te miro.

No quiero crecer
ni adelgazarme.

Soy la flor
infinita
que se abre
en el agujero
de tu casa.

No quiero ya
rodar
detrás de
las tierras
que no conoces,
mariposa
libadora
de sombras.

Ni alzar fantasmas
sobre las cúpulas
lejanas
que me beben.

Me fijo.
Te miro".

Y yo no contestaba.
Una cabeza
dormía bajo
mis manos.

Blanca
como tú,
luna.

Los pozos de sus ojos
fluían un agua
parda
estriada
de víboras luminosas.

Y de pronto
la cabeza
comenzó a arder
como las estrellas
en el crepúsculo.

Y mis manos
se tiñeron
de una substancia
fosforescente.

E incendio
con ella
las casas
de los hombres,
los bosques
de las bestias.

PALABRAS DEGOLLADAS

Palabras degolladas,
caídas de mis labios
sin nacer;
estranguladas vírgenes
sin sol posible;
pesadas de deseos,
hinchidas...

Deformadoras de mi boca
en el impulso de asomar
y el pozo del vacío
al caer...
Desnatadoras de mi miel celeste,
apretada en vosotras
en coronas floridas.

Desagrada en vosotras
—no nacidas
redes del más aquí y el más allá,
medias lunas,
peces descamados,
pájaros sin alas,
serpientes desvertebradas...

No perdones,
corazón.

CAMP-FIRE

El tronco
se hizo llama
En la noche
de invierno.

Cien cabezas
humanas
tintadas
de rojo
anillaron
el fuego.

De una boca
cualquiera
brotó el hilo
del canto.

Acordada,
otra,
desovilló
sedosa
la palabra
rimada.

A pico,
la luna
caía
sobre el cenáculo.

Negra,
bordeaba el mundo
el perfil
de una sierra.

Una mano
deseaba.

No la tuya:
la de Dios.

A su lado
caminar
en la noche
por las cuchillas
nevadas.

EL CAZADOR DE PAISAJES

Levantado
sobre tu dos piernas,
como la torre
en la llanura,
tu cabeza perfecta
cazaba paisajes.

Ya el sol,
último pez del horizonte.
Ya las colinas,
pequeños senos
cubiertos de vello
dorado.

Ya las balumbas
de nubes
heroicas,
ocultadoras
de las trompetas
del trueno.
Sobre la máquina
voladora,
o rodante,
o la torre
de tu cuerpo,
trasponía horizontes
absorbiendo
racimos
de formas
y colores.
Adherida a tu velocidad,
como la hoja
a la rueda,
lancé tímidas flechas
a tus paisajes soberbios.
Y sólo
pequeños
rincones de formas
recogió mi corazón
adormecido.

BUQUE-ESCUELA

(Jeanne d'Arc)

Azul gris,
hería tu mole
el pulmón blando
de las aguas.

Pero te acunaban,
ignorantes
de tus nidos
de obuses.

Tornillo sobre tornillo,
Plancha sobre plancha,
torre sobre torre,
te lanzabas al aire
en un esfuerzo
de catapulta.

Te odiaba,
desde el muelle,
porque te vestías
de cielo,
y de mar calmo;
talmado...

Cuando te hollaron mis pies
una nube de adolescentes
uniformados
irrumpió por tus puentes.

Habían vuelto a cargarse
las ramas humanas
secadas a cañonazos.

Había más que antes;
y eran más hermosos
que antes:

Cuellos fornidos
de cuerda
prensada.

Ojos tiernos.

Carne dorada
a espuma y sal.

Dientes agudos,
luminosos.

Grandes bocas
húmedas aún
de besos maternos,
abiertas
pedigüeñas,
como las de los pichones.

Rodaban como frutas
sobre el acero del buque.

Perfumaban el hierro.
Desteñían la pintura.

Hablaban palabras de hombre,
musicales...

Movían los brazos
en círculos
de estrechamiento.

Uno,
con una pajueta,
le hacía cosquillas
a un gato:
su nariz riente,
tras el ojo de buey,
lanzaba gritos
de pueril alegría.

Lúgubre,
de vez en cuando,
sonaba una campana.

Y las caras juveniles
se endurecían
en máscara
de servicio.

Y nacía,
hoscá,
la fila
sin albedrío.

P L A Y A

Parado contra la balastrada,
de espaldas,
el anciano de sombrero amarillo
está ya muerto.

Le cantan responsos
en ondas monótonas
las masas de agua verde
que me mojan los pies.

Horizonte lejano:
no puedo tocarte.
Las gaviotas sobre mi cabeza
se aman todavía...

Es verdad, pues;
seres vivos se aman todavía;
con alas,
con pies,
con pezuñas,
se aman todavía...

Un niño rubio
ha dicho hoy
en el comedor
con una vocécita
de violoncelo recién regado:
"Mami:
¿puedo comer este durazno?"

Sus palabras
han abierto en gajos
mi corazón.
Por ellas he visto
al hombre muerto de pie,
y el vuelo de las raviotas,
y el horizonte huido...

*POEMA DE LAS SOMBRILLAS
CERRADAS*

POCITOS (Montevideo)

Soldaditos de lona,
de pies muertos:
¡ea,
un salto!

¡Otro salto!
¡En marcha!

Hay a vuestra frente
un mar tierno
azul celeste.

Y unas pequeñas barcas
que se balancean
y os dicen:

“¡Al asalto!
Cada soldadito
abrirá por el mar
caminos de niegría
rayados de luna:
cada soldadito
sobre una barca”.
¡Ea, ea,
despertad!

A retaguardia
la ola humana
circula
a nivel de vuestras cabezas.

Y arriba
el ejército de estrellas
sigue
a capitanes azules.

¡Al asalto!
Vuestros pies
sólo romperán
flores de arena.

Ved el sol mentido,
eléctrico,

que se enciende y apaga
frente a vuestras garitas.

Alzad la espada
de lona,
clavadlo contra el firmamento,
y lanzaos al mar.
¡Ea,
un salto!

VOLUNTAD

Mariposa ebria,
la tarde,
giraba sobre nuestras cabezas
estrechando sus círculos
de nubes blancas
hacia el vértice áspero
de tu boca
que se abría frente al mar.

Cielo y tierra
morían.
en la música verde de las aguas
que no conocían caminos.

Retrocedía,
ahuecada,
la pared del horizonte
e iban a echarse a bailar
las rocas negras.

Me desnivelaban ya
los círculos de arriba
empujándome hacia ti
como hacia raíz lejana
de la que brotara.

Pero sólo la tarde
bebió, lenta,
la cicuta
de tu boca.

CREPUSCULO

El mar inmóvil,
desprendido de sus mandíbulas,
exhala un alma nueva.

No tiene fondo,
buques hundidos,
almas, abrazadas
a sus algas.

Recién nacido,
la cara de Dios,
pálida,
lo mira.

Buques no lo escribieron.
Hombres no lo descifraron.
Peces no lo pudrieron.

Baja a buscarlo
el sol,
precipitándose en llamas
entre bosques violáceos,
y al tocarle la frente
abre puertas de oro
que calan —túneles—
espacios desconocidos.

Escalinatas lentas
decienden al agua
y llegan, desvanecidas,
a mis pies.

Por ellas
ascenderé
un día
hasta internarme
más allá del horizonte.

Paredes de agua
me harán cortejo
en la tarde
resplandeciente.

VOZ

Te ataré
a los puños
como una llama,
dolor de servir
a cosas estultas.
Echaré a correr
con los puños en alto
por entre las casas
de los hombres.

Hemos dormido, todos,
demasiado.

Dormido
a plena luz
como las estrellas
a pleno día.

Dormido,
con las lámparas
a medio encender;
enfriados
en el ardimiento solar;
contando el número
de nuestros cabellos,
viendo crecer
nuestras veinte
uñas.

¿Cuándo?
los jardines del cielo
echarán raíces
en la carne de los hombres,
en la vida de los hombres,
en la casa de los hombres?

No hay que dormir,
hasta entonces.
Abiertos los párpados;
separados en los dedos,
si quieren ceder,
hasta enrojecerlos
por el cansancio,
como los círculos
lunares,
cuando la tormenta
quiere
-desmembrar
el universo.

CONTRA VOZ

Entierra la pluma
antes de atarte a los puños
como una llama
el dolor de servir
a cosas estultas.

Por su punta,
como por los canales
que desagotan el río,
tu agua se desparrama
y muere en el llano.

La palabra arrastra limos,
pule piedras,
y corta selvas imaginarias.

Piden los hombres
tu lengua,
tu cuerpo,
tu vida,

Tírate a una hoguera,
florece en la boca
de un cañón.

Una punta de cielo
rozará
la futura
casa humana.

AGRIO ESTA EL MUNDO

Agrío está el mundo
inmaduro,
detenido;
sus bosques
florece[n] puntas de acero;
suben las viejas tumbas
a la superficie;
el agua de los mares
acuna
casas de espanto.

Agrío está el sol
sobre el mundo,
ahogados en los vahos
que de él ascienden,
inmaduro,
detenido.

Agria está la luna
sobre el mundo;
verde,
desteñida;
caza fantasmas
con sus patines
húmedos.

Agrio está el viento
sobre el mundo;
alza nubes de insectos muertos,
se ata, roto,
a las torres,
se anuda crespones
de llanto;
pega sobre los techos.

Agrio está el hombre
sobre el mundo,
balanceándose
sobre sus piernas...

A sus espaldas,
todo,
desierto de piedras;
a su frente,
todo,
desierto de soles,
ciego...

C O N G R E S O

Por las ventanas
abiertas
el mar florece
su campo de nomeolvides.

Y verdea,
el árbol,
su placidez vertical,
perfumosa.

En semicírculo,
bajo el pesado
techo que hombres hicieron,
otros hombres,
los ojos velados
de gruesos vidrios,
entretejen pesadas palabras.

- El adolescente...
- El adolescente...
- El adolescente...

La incógnita
danza de banco en banco,
revolotea de boca en boca,
duerme de cerebro en cerebro.

Pero del bosque
de gruesos vidrios
parten, silbantes,
sentencias
que se clavan
con opaco ruido
en las paredes
de ladrillo.

Afuera el mar,
en su nivel,
ondula.

El árbol,
sabio,
crece...

EL ADOLESCENTE DEL OSITO

En la penumbra de la salita,
las lámparas,
abrían su luz velada
de estrellas madrugantes.

Las espaldas femeninas
recogían la claridad
de los espejos.

Palabras
de puntas nocivas
buscaban
un corazón no maduro.

Parado junto al piano,
el adolescente,
masa de luna
herida de ojos y boca,
sonreía.

Ojos expertos
se adelantaban, en tanto,
a la caza
vedada.

Mujer y hombre...
Mujer y hombre...
Mujer y hombre...

Crecía el cuchicheo
como los líquenes
en las selvas húmedas.

El adolescente, sólo,
acariciaba el osito
que adornaba el piano.

Sobre el pecho, ahora,
el osito amarillo
le haría con la aspereza
de su lana,
los caminos abandonados
del corazón...

RETRATO DE GARCIA LORCA

Buscando raíces de alas
la frente
se le desplaza
a derecha
a izquierda.

Y sobre el remolino
de la cara
se le fija,
telón del más allá,
comba y ancha.

Una alimaña
le grita en la nariz
que intenta aplastársele
enfurecida...

Irrumpe un griego
por sus ojos distantes
que abarcan
demasiado panorama:

Un griego
que sofocan de enredaderas
las colinas andaluzas
de sus pómulos
y el valle trémulo
de su boca.

Salta su garganta
hacia afuera
pidiendo
la navaja lunada
de aguas filosas.

Cortádsela.
De norte a sud.
De este a oeste.

Dejad volar la cabeza,
la cabeza sola,
herida de ondas marinas
negras...

Y de caracolas de sátiro
que le caen
como campánulas
en la cara
de máscara antigua.

Apagadle
la voz de madera,
cavernosa,
arrebujada
en las catacumbas nasales.
Libradlo de ella,
y de sus brazos dulces.
y de su cuerpo terroso.

Forzadle sólo,
antes de lanzarlo
al espacio,
el arco de las cejas
hasta hacerlos puentes
del Atlántico,
del Pacífico...

Por donde los ojos,
navíos extraviados,
circulen
sin puertos
ni orillas...

*RETRATO DE UN MUCHACHO QUE
SE LLAMABA SIGFRIDO*

Tu nombre suena
como los cuernos de caza
despertando las selvas vírgenes.

Y tu nariz aleteante,
triángulo de cera vibrátil,
es la avanzada
de tu beso joven.

Tu piel morena
rezuma
cantos bárbaros.

Pero tu mirada de aguilucho,
abridora simultánea
de siete caminos,
es latina.

Y tu voz,
untada de la humedad del Plata,
ya es criolla.

Te curva las arterias
el agua del Rhin.

El tango
te desarticula
la voluntad.

Y el charleston
te esculpe
el cuerpo.

Tus manos,
heridas de intrincados caminos,
son la historia
de una raza
de amadores.

En tu labio
de sangre huyente
el grito de las walkirias
se estremece todavía.

Tu cuello es un pedúnculo
quebrado por tus sueños.

De tu pequeña cabeza
fina
emergen ciudades heroicas.

No he visto tu corazón:
debe abrirse
en largos pétalos
grises.

He visto tu alma:
lágrima
ensanchada en mar azul:
al evaporarse
el infinito se puebla
de lentas colinas malva.

Tus piernas
no son las columnas
del canto salomónico:
suavemente se arquean
bajo la cadena de hombres
que te precedió.

Tienes un deseo: morir.
Y una esperanza: no morir.

E C U A C I O N

Mis brazos:
saltan de mis hombros;
mis brazos: alas.
No de plumas: acuosos...
Planean sobre las azoteas,
más arriba... entoldan.
Se vierten en lluvias:
aguas de mar,
lágrimas,
sal humana...

Mi lengua:
madura...
Ríos floridos
bajan de sus pétalos.

Mi corazón:
me abandona.
Circula
por invisibles círculos
elípticos.
Mesa redonda, pesada,
ígneas...
Roza los valles,
quema los picos,
seca los pantanos...
Sol sumado a otros soles...
(Tierras nuevas
danzan a su alrededor).

Mis piernas:
crecen tierra adentro,
se hunden, se fijan;
curvan tentáculos
de prensadas fibras:
robles al viento,
ahora:
balancean mi cuerpo
herido...

Mi cabeza: relampaguea...
Los ojos, nomeolvides,
se beben el cielo,
tragan cometas perdidos,
estrellas rotas,
almácigos...

Mi cuerpo: estalla.
Cadenas de corazones
le ciñen la cintura.
La serpiente inmortal
se le enrosca al cuello...

LLAMA

Sobre la cruz del tiempo
clavada estoy.
Mi queja abre la pulpa
del corazón divino
y su estremecimiento
aterciopela
el musgo de la tierra.

Un ámbar agridulce
destilado de las
flores cerúleas
cae a mojar
mis labios sedientos.

Ríos de sangre
bajan de mis manos
a salpicar el rostro
de los hombres.

El rumor lejano
del mundo, ráfaga cálida,
evapora el sudor
de mi frente.

Mis ojos, faros de angustia,
trazan señales misteriosas
en los mares desiertos.

Y eterna,
la llama de mi corazón
sube en espirales
a iluminar el horizonte.

S I E R R A

Una mano invisible
acaricia calladamente
la pulpa triste
de los mundos rodantes.

Alguien, a quien no comprendo,
me macera el corazón
de dulzura.

En la nieve de agosto
se abre el sol
—sonrisa precoz de la primavera—
la flor del duraznero.

Tendida en el filo ocre
de la sierra,
una helada

mujer de granito
aúlla al viento
el dolor de su seno desierto:

Mariposas
de luna
liban
de noche
sus pechos
helados.

Y en mis párpados,
Una lágrima más antigua
que mi cuerpo,
crece.

DE MI CIUDAD A TU CIUDAD

En la margen del Río,
estás...

Rozando las calezuelas
estelares
mi pensamiento,
baba de luna,
de mí a ti.
teje su tela.

Tela invisible
que entolda
mi ciudad y tu ciudad
y da sombra
a las cúpulas...

Sombra que podría
abrir las piedras
en hongos de amor!

De mi corazón a tu corazón,
larga y ancha,
la criba, va...

Ato las puntas de sus redes
a las puntas de tus cabellos;
atrapo el ovillo
de tus pies;
ancho en tus ojos:
mar negro...
Desciendo aún:
toco el coral de tus venas.
Ahora reposo
y me afirmo.

He aquí que el Río,
araña ponzofosa ahora,
araña
de agua,
levanta sus patas terrosas
para romperla.

Como escarabajos
los buques
se cuelgan de sus hilos,
se balancean;
van a destruirla!

De mi corazón a tu corazón
la tela invisible
ondea intacta...

La luna le hunde su cabezuela:
bosteza...

*BALADA ARRITMICA
PARA UN VIAJERO*

Yo tenía un amor,
un amor pequeñito,
y mi amor se ha ido.
Feliz viaje, mi amor, feliz viaje!

No era muy grande mi amor,
no era muy alto;
nunca lo vi en traje de baño;
pero debía tener un cuerpo
parecido al de Suárez.
Mejor dicho, al de Dempsey.

Tampoco era un genio;
se reía siempre, eso sí;
le gustaban los árboles;

acariciaba al pasar
a los niños.
Yo le hubiera regalado
un arco
para que volteara estrellas...
Pero tuve miedo
que alguna
te cayera en la cabeza, lector:
son tan grandes!

Anoche mismo se fué;
tomó un vapor
que medía una cuadra:
demasiado extenso para él;
no es un gigante.

Ahora lo veo pequeño al buque,
muy pequeño;
me parece, solamente,
una lanzadera
de máquina de coser
temblando en el filo
de una montaña movable.

Señor camarero,
señor camarero del vapor:
hágale usted una gran reverencia
cuando lo vea pasar,
estírele bien las sábanas de la cama,
despiértelo con suavidad.

Señorita viajera:
usted, la más hermosa del barco:
mírelo a los ojos con ternura;
dígame con ellos cualquier cosa:
—Me casaría con usted ahora mismo.
O si no —Vamos a tomar
juntos el té.

Y usted, señor Río,
no sea imprudente;
pórtese como un caballero
con un hombre que sueña;
necesita cunas,
aun cuando sean de agua.

No he visto nunca en el Río de la Plata
peces voladores.
Si hay alguno que no vuela:
no le gustan los peces,
y menos si tienen alas.

Mañana llegará a un puerto,
junto al muelle se parará el vapor:
Oh señor Buque; oh estuche
en que mi pequeño amor
hace de diamante:
no trepide mucho al atracar,
no dé brincos!

El bajará la escalerilla
cantando un foxtrot,
Siempre canta un foxtrot,
Llevará un traje gris
y un sobretodo azul marino.
No se los manche, usted, por Dios,
Señor Buque:
mi amor es pobre...

REGRESO EN SUEÑOS

Boca perdida en el vaivén del tiempo;
detrás de los paisajes escondida;
boca hacia atrás huyente en el espacio;
boca muerta que fuiste boca viva:

Torbellinos de rostros te apagaron,
tú, que eras rosa ya palidecida;
biocques de casas, cielos circulantes,
telones fueron a velarte esquivada.

Alguna vez la punta de la llama
pintó en el aire la ligera estría
de tu boca atersada a finos verbos:
seda en la seda, flor más florecida.

O levanté la mano para asirte
en la nube traslúcida que lucía
acuchillada del cuchillo mismo
que parte en dos la ya palidecida.

Y a veces, en el fondo de otra boca,
flor de agua pura aun más verdecida,
hube de hallarte. Mas se abrió tu boca
como la sal al viento en las salinas...

Pero anoche, ¿de dónde regresaste?
¿De tumbas de agua? ¿De raíz nutrida
en anchos bosques? ¿De trasmundos malva?
¿Qué cadena de seres te fué guía?

Cortaste los paisajes y los rostros,
los circulantes cielos en huidas,
bloques de casas, hojarasca de horas,
y me hallaste no muerta, que dormida.

Pájaro de aire, reposó la boca
sobre la boca mía anohecida.
Mas no era boca. A musgo, macerado
en los soles de Dios, se parecía.

F R A S E

Fuera de la ley, mi corazón
A saltos va en su desazón.

Ya muerde acá, sucumbe allí,
Cazando allá, cazando aquí.

Donde lo intente yo dejar
Mi corazón no se ha de estar.

Donde lo deba yo poner
Mi corazón no ha de querer.

Cuando le diga yo que sí,
Dirá que no, contrario a mí.

Bravo león, mi corazón
Tiene apetitos, no razón.

DANZA IRREGULAR

En la punta de un látigo,
mi corazón,
danza una danza
en tirabuzón;
en la punta de un látigo,
mi corazón.

En la punta de un triángulo,
mi corazón,
rebota por el césped
como balón;
un pie y otro
lo manda
a mi corazón.

Vertiginosamente,
sobre la vara
del chino prestidigitador,
bola de oro y acero
gira que gira
mi corazón.
Flor helada y desnuda
mi corazón,

en las ramas de agua,
del surtidor,
sube y baja
a destiempo,
mi corazón.

Alrededor del mundo
hace cordón
de baba
de luna,
mi corazón.

Ya por hilo de odio,
ya por hilo de amor,
trompo a siete colores
zumba mi corazón.

Remolinea el látigo,
sigue el balón,
no descansa
la vara ni el surtidor,

otra vuelta da al mundo,
gruñe zumbón;
pero, forzad la danza
de mi corazón.
De uno en otro picando
su rebote es mayor:
¡atajadme!
que me alza
mi corazón.

U N O

Viaja en el tren en donde viajo. ¿Viene
del Tigre, por ventura?
Su carne firme tiene
la morbura
de los varones idos, y en su boca
como en prieto canal,
se le sofoca
el bermejo caudal...

Su piel,
color de miel
delata el agua que bañó la piel.
(¿Hace un momento, acaso, las gavillas
de agua azul, no abrían sus mejillas,
los anchos hombros, su brazada heroica
de nadador?)

¿No era una estoica
flor
todo su cuerpo elástico, elegante,
de nadador,
echada hacia adelante
en el esfuerzo vencedor?)

La ventanilla copia el pétreo torso
disimulado bajo el blanco lino de la pechera.
(¿En otras vidas, remontaba el corso
mar, la dulce aventura por señuelo,
con la luna primera?)
Luce, ahora, un pañuelo
de fina seda sobre el corazón,
y sobre media delicada cae su pantalón.

Desde mi asiento, inexpresiva espío,
sin mirar casi, su perfil de cobre.
¿Me siento acaso? ¿Sabe que está sobre
su tenso cuello este deseo mío
de deslizar la mano suavemente
por el hombro potente?

MOTIVOS DE MAR

CIRCULOS SIN CENTRO

Esponja del cielo,
carne verde del mar,
por tus carreteras húmedas
hube de andar.

Hacia adelante se partían
los caminos para no caminar;
a los costados se abrían
las carreteras para navegar
y hacia atrás se dirigían
las rutas para desandar.

Largas noches y días
una proa te cortó sin parar
y tu centro no cambiaba nunca,
círculo verde del mar.

Sobre tu esmeralda fría
mi carne no quería quemar,
mi corazón se volvía
verde como la carne del mar.

Le decía a mi cuerpo: ¡renace!
A mi corazón: ¡no te quieras parar!
Mi cuerpo quería echar raíces,
raíces verdes en la carne del mar.

El barco que me conducía
no sabía más que zarpar,
pero el cuerpo que me contenía
se quedó estático sobre el mar.

Círculos circulaban arriba
y subían del fondo del mar;
un pez levantó la cabeza
contra la noche y se puso a aullar.

LUNA DE MARZO SOBRE EL MAR

Pequeña,
recién nacido polluelo,
tibia de vellón dorado,
no, no corras.

De tu pequeñez amarilla,
desteñida sobre el mar,
se alegra la carne
azul del cielo.

Te lastimas, marchando
detrás de una estrella,
entre bosques de nubes albas,
y no miras mi cuerpo
parado sobre un buque
negro,
que busca
la raya negra de la tierra.

Me cabrías en las manos,
luminoso polluelo;
en las manos
ya muertas
4 para las caricias humanas.

Sólo para ti
mis dedos se abrirían,
suaves,
sobre tu vellón tibio,
luna amarilla...

¡No, no corras!
Sarmiento es mi cuerpo,
pardo y seco,
clavado en la fría
flor del mar
cuyo fondo de hielo
esmeralda,
desea.

No, no corras...
Sobre mi corazón
podrías bailar
la última danza
y apagarte conmigo,
luna de marzo...

YO EN EL FONDO DEL MAR

En el fondo del mar
hay una casa
de cristal.

A una avenida
de madreporas,
da.

Un gran pez de oro,
a las cinco,
me viene a saludar.

Me trae
un rojo ramo
de flores de coral.

Duermo en una cama
un poco más azul
que el mar.

Un pulpo
me hace guiños
a través del cristal.

En el bosque verde
que me circunda
—din don... din dan—
se balancean y cantan
las sirenas
de nácar verdemar.

Y sobre mi cabeza
arden, en el crepúsculo,
las erizadas puntas del mar.

ALTA MAR

Fantasma negro,
cabeceando en el azul de la noche,
cruz del palo mayor:
vigila.

Tiburones escoltan
el buque
y asoman sus cabezas:
llama!

Está solo el cielo,
está solo el mar,
está solo el hombre...
Cruz del palo mayor:
¡grita!

NACAR MARINO

Columnas de plata sostienen el cielo;
varas de jacinto se levantan del mar;
trepan a la bóveda
guirnaldas de flores de sal.

Escamas de sirenas de nácar
envuelven las serpientes
espejantes del mar.

Detrás del firmamento
rueda su bola fría
un sol blanco de cristal.

Su luz esmerilada
llama a todos los peces del mar.

Verticales,
asomando las bocas rosadas,
todos los peces están.

TORMENTAS Y HOMBRES

Elásticos de agua
mecen la casa marina.

Como a tropa
la tiran.

La tapa del cielo
desciende en tormenta ceñida:
Su lazo negro
Vigila.

Asoman en la tinta del agua
su cabeza estúpida las bestias marinas.

¡y el ojo humano
se sesga todavía!....

Grupos de hombres, hostiles,
sobre el buque,
se miran...

FARO EN LA NOCHE

Esfera negra el cielo
y disco negro el mar.

Abre en la costa, el faro,
su abanico solar.

¿A quién busca en la noche
que gira sin cesar?

Si en el pecho me busca
el corazón mortal.

A L F O N S I N A S T O R N I

Mire la roca negra
Donde clavado está.

Un cuervo pica siempre,
pero no sangra ya.

MAÑANA GRIS

Se abren bocas grises
en la plancha
redonda del mar.

Tragan nubes grises
las bocas
silenciosas del mar.

Dormidos los peces,
en el fondo,
están.

Colocados en nichos,
el cuerpo frío horizontal
duermen todos los peces
del mar.

Uno, bajo una aleta,
tiene un pequeño
sol invernal.

Su luz difusa
asciende
y abre una aurora pálida
en cada boca gris del mar.

Pasa el buque
y los peces
no se pueden despertar.

Gaviotas trazan signos de acero
sobre la inmensidad.

TROPICO.

Cálida, morada, viva,
la carne fría del mar.

Trópico que maduras los frutos:
maduraste el agua con sal;
con terciopelo
ataste las olas
y las has echado
a soñar.

Cálida,
morada,
viva,
la carne fría
del mar.

Para mi carne
que se acaba
tu terciopelo
de coral;

Envuelta en él
como una llama
que se desplaza
sobre el mar,
tallo eruido
en la tarde,
arder,
chisporrotear. .

MARCHA EN SILENCIO

La mole negra
del buque, avanza.

Se abren en silencio
los valles de agua.

Ojos fosforescentes
asoman a los pozos de las aguas:

¿Sirenas en hileras,
hacen, acaso, guardia?

Unica voz del mar,
una cadena, roe la planchada.

Un fantasma blanco,
sobre el puente, comanda.

VIENTOS MARINOS

Mi corazón era una flor,
de esyuma,
un pétalo de nieve,
otro de sal;
Viento marino lo tomó
y lo puso
sobre mano ruda
sobre una mano
encallecida a mar.
Tan fino encaje
¿cómo podía anclar?
Golpe de viento
se lo llevó a tumbos
por la inmensidad.
Rodando aún está.
Se enreda a las cadenas
que golpean los flancos
de los buques... ¡ay!...

MOTIVOS DE CIUDAD

VATICINIO

Un día,
la ciudad que desde arriba
vea,
se levantará sobre sus flancos
y caminará.
Sus grandes remos
de hierro,
moviéndose a un compás
solemne,
avanzarán río adentro
y el agua
los sostendrá.
Con su ancha proa roma,
hecha para calar
en el horizonte
túneles gigantes,
sus selvas de chimeneas,
lanzas negras;

sus nieblas y sus penachos
y su ejército de casas,
ordenado por una
voluntad prevista,
dejará sus húmedos
sótanos coloniales,
y, atravesando el mar,
entrará en la Tierra
gastada y luminosa
de los Hombres.

I M A G E N

Palermo, espesa cabellera verde,
sueñas sus crenchas
sobre el lomo diestro de Buenos Aires:
Cosas de ensueño, como peinetas
de colores,
las avivan y fijan.
El Río de la Plata,
musculoso brazo derecho,
acciona
articulado al torso de hierro de la ciudad:
con sus dedos nerviosos
toma un racimo a los emigrantes,
los desparrama en el puerto;
conduce los seres reparados
a sus tierras natales;

toca con la uña
del dedo mayor
a Montevideo;
para con sus puños terrosos
los toros azules del Atlántico;
alimenta sobre sus palmas
las grandes mariposas blancas de los veleros;
teje una túnica de gasas húmedas
para su cuerpo descarnado y cúbico
y levantándolo
por encima del hombro
alcanza los verdes lunares
del Paraná.

Paralítico casi,
su brazo izquierdo de tierra pampeana
pende a lo largo de su cuerpo
en un vaivén de espera...
Sus pies
mal calzados
con botines de humo negro,
casuchas sombrías,
chapas de cinc,
sudor, fatiga y llagas,
se hunden
brutalmente
en los barrios del Sur.

MOMENTO

Una ciudad hecha de huesos grises
se abandona a mis pies.

Como tajos negros,
las calles,
separan el osario, lo cuadriculan,
lo ordenan, lo levantan.

En la ciudad, erizada de dos millones de hombres,
no tengo un ser amado...

El cielo, más gris aún
que la ciudad,
desciende sobre mí,
se apodera de mi vida,
traba mis arterias,
apaga mi voz...

A L F O N S I N A S T O R N I

Como un torbellino,
no obstante,
al que no puedo substraerme,
el mundo gira alrededor
de un punto muerto:
mi corazón.

C A L L E

Un callejón abierto
entre altos paredones grises.
A cada momento
la boca oscura de las puertas,
los tubos de los zaguanes,
trampas conductoras
a las catacumbas humanas.
¿No hay un calofrío
en los zaguanes?
¿Un poco de terror
en la blancura ascendente
de una escalera?
Paso con premura.
Todo ojo que me mira
me multiplica y dispersa
por la ciudad.

Un bosque de piernas,
un torbellino de círculos
rodantes,
una nube de gritos y ruidos,
me separan la cabeza del tronco,
las manos de los brazos,
el corazón del pecho,
los pies del cuerpo,
la voluntad de su engarce.
Arriba,
el cielo azul
aquieta su agua transparente:
pequeñas barcas de oro
lo navegan.

PLAZA EN INVIERNO

Arboles desnudos
corren una carrera
por el rectángulo de la plaza.
En sus epilépticos esqueletos
de volcadas sombrillas
se asientan,
en bandada compacta,
los amarillos
focos luminosos.

Bancos inhospitalarios,
húmedos,
expulsan de su borde
a los emigrantes soñolientos.

oyendo fáciles arengas ciudadanas
un prócer,
inmóvil sobre su columna,
se hiela en su bronce.

SELVAS DE CIUDAD

En semicírculo
se abre
la selva de cosas:
unas al lado de otras,
unas detrás de otras.
unas delante de otras,
todas lejos de todas.
Moles grises que caminan
hasta que los brazos
se le secan
en el aire frío del Sur.
Moles grises que se multiplican
hasta que la bocanada
de horno del Norte
les afloja las articulaciones.
Siempre haciendo el signo
de la cruz.

Reproduciéndose por ángulos.
Con las mismas ventanas
de juguetería.
Las mismas azoteas rojizas.
Las mismas cúpulas pardas.
Los mismos frentes desteñidos.
Las mismas rojas sombrías.
Los mismos buzones rojos.
Las mismas columnas negras.
Los mismos focos amarillos.
Debajo de los techos,
otra selva,
una selva humana,
debe moverse:
pero no en línea recta.
Troncos extraños,
de luminosas copas,
se agitan indudablemente
movidos por un viento
que no silba.
Pero no alcanzo sus actitudes,
ni oigo sus palabras,
ni veo el resplandor
de sus ojos.
Son muy anchas las paredes:
muy espesos los techos.

LA HORA 19

Parda, la montaña de nubes
camina vertiginosamente
hacia la ciudad.

La empujan brutalmente
los hombres negros
del noreste.

Detrás de los altos
edificios, se planta
con un aire hoso
de cordillera sanjuanina
y apoya el lomo rectilíneo
sobre el florón de oro
del atardecer.

Un rojo letrero luminoso,

falso sol de ciudad,
se entretiene en calentarse
los pies.

La vieja hoz de la luna
miserable, tímida,
luna que no sé cómo
pudo trastornarse un día
hasta entregar su corazón,
asoma su lámina
de azúcar transparente,
disuelta en el agua
del cielo.

A su lado
una estrella niña,
desnudos los pies,
tiembla.

Como un pájaro ahogado
en jaula estrecha,
la bola solar,
apretada entre las costillas
de un esqueleto rascacielo,
le arquea, con el estallido
de luz,

los huesos de hierro.

Blando, suelto, descorazonado,
mundo de otro mundo,
tierra desconocida,
un globo negro
cabecea allá arriba.

UNA PALOMA

Vuela sobre la piedra áspera
una paloma
de blancura de sal.
Extranjera parece su ternura
a las aristas
de la ciudad.
Al sesgo
raya mi balcón.
se posa,
levanta y gira
como desorbitada
sobre la hosa cárcel
multicelular.
¿Y si florecieran
de repente
las paredes de cal
una perfumada blandura,
un desbordamiento de pétalos
amarillos, rosados, azules y verdemar?

HOMBRES EN LA CIUDAD

Arden los bosques del
horizonte;
esquivando llamas,
cruzan, veloces,
los gamos azules
del crepúsculo.

Cabritos de oro
emigran hacia
la bóveda
y se recuestan
en los musgos azules.

Se alza
debajo,
enorme,
la rosa de cemento,

la ciudad,
inmóvil en su tronco
de sótanos sombríos.

Emergen
—cúpulas, torres—
sus negros pistilos
a la espera del polen
lunar.

Ahogados
por las llamas de la hoguera,
y perdidos
entre los pétalos
de la rosa,
invisibles casi,
de un lado a otro,
los hombres...

LLOVINAZA

Descoloridas, heladas,
las casas
—nichos en hilera—
se aprietan unas
contra otras.

El sol
juega
en jardines
lejanos;
sus pasos distantes
entristecen
la bóveda.

No logran hallarlo
los penachos de humo:
tumbados al nacer
se abrazan a las cruces
y traban las cúpulas.

Había un río a orilla
de la ciudad...
Se ha echado a andar
también,
mar adentro,
con pies
de felpa.

¿O lo ha tragado, lento,
el bostezo neblinoso
de la tarde?...

Planchadas
contra el horizonte
están las chimeneas:
sus horquillas cazan
con displicencia
las alas de ángeles mohinos
que, a grandes zancadas,
rozan las cornisas.

Una cinta de luz
lechosa
ata la cintura
de la ciudad:
las muntas desflecadas
del lazo
latiguan la bóveda
hasta que el polvo de agua
las empapa
y tumba.

T O R R E

Suspendida en el aire,
mi casa respira,
por sus anchas ventanas,
la energía
solar.
Encerrándola
en su anillo enloquecedor
el cielo circula por ella
de un extremo a otro
en largos y anchos
ríos de luz.
En el centro,
isla triste y solitaria,
mi cuerpo,
quieto contra la corriente,
absorbe.

B U Q U E S

Sobre la plancha
violeta del río
tres buques negros
parten hacia el horizonte.
No los veo moverse
pero, a cada instante,
se empequeñecen más.
¿Es el río
un sueño malva?
¿El cielo un sueño
azul pálido?
¿La selva de casas
un sueño de oro?
Una mano invisible
empuja los buques
hacia desconocidos
muelles.

¿Van a emigrar
de la tierra
en silencio?
Sus penachos de humo
trazan signos
sobre el telón azul
del más allá.
Pero el aire
los despeina y deshace
y las palabras
no pueden leerse...

S O L E D A D

Podría tirar mi corabón
desde aquí, sobre un tejado:
mi corazón rodaría
sin ser visto.

Podría gritar
mi dolor
hasta partir en dos mi cuerpo:
sería disuelto
por las aguas del río.

Podría danzar
sobre la azotea
la danza negra de la muerte:
el viento se llevaría
mi danza.

Podría,
soltando la llama de mi pecho,
echarla a rodar
como los fuegos fatuos:
las lámparas eléctricas
la apagarían...

SONETOS

HAZ DE TUS PIES

Haz de tus pies al fin la raíz fuerte
que para el paso; de tu lengua nudo;
de tus ojos lápida y escudo;
migaja el cuerpo, que alzará la muerte.

Prensa tu boca sobre el labio triste
que pozos tienen de plumones blandos;
quítale el filo a los porqués y cuándoos
y entrega, romo, cuanto aquí trajiste:

Romo tu vereo, suéttalo, menguada ;
tu amor romano entrégalo, romada ;
a pára aquél tu dar que era mendigo.

Que todo a medias se te dió en la vida
menos este dormir que te convida :
ronca y el Padre roncará contigo.

EL HOMBRE

No sabes cómo: un día se aparece en el orbe,
hecho ser; nace ciego; en la sombra revuelve
los acerados pies. Una mano lo envuelve.
Llora. Lo engaña un pecho. Prende los labios.
Sorbe.

Más tarde su pupila la tiniebla deslía
y alcanza a ver dos ojos, una boca, una frente.
Mira jugar los músculos de la cara a su frente,
y aunque quién es no sabe, copia, imita y sonríe.

Da una larga corrida sobre la tierra luego.
Instinto, sueño y alma trenza en lazos de fuego,
los sueita a sus espaldas, a los vientos. Y canta.

Kilómetros en alto la mirada le crece
y ve el astro: se turba, se excita, la apoteosis:
una Mano le corta la mano que levanta.

P A S I O N

Unos besan las sienes, otros besan las manos,
otros besan los ojos, otros besan la boca.
Pero de aquél a éste la diferencia es poca.
No son dioses, ¿qué quieres?, son apenas
humanos.

Pero, encontrar un día el espíritu sumo,
la condición divina en el pecho de un fuerte,
el hombre en cuya llama quisieras deshacerte
¡como el golpe de viento las columnas de humo!

A tu influjo terrible, mi más terrible vida,
dolió sobre tus brazos su lluvia estremecida;
te lloró en pleno rostro sus lágrimas y quejas.

Si te quemó las olas no abrió huella el
torrente:
fofa carne esmeralda, te alisaste la frente,
destrenzaste al olvido tus azules guedejas.

UNA MIRADA

La perdí de mi vida; en vano en los plurales
rostros, el fulgor busco de su flúido divino;
no hay copias de sus ojos; tan sólo un hombre
con ellas a la tierra; no hay pupilas iguales; ^{vino}

Redondo el globo blanco, mundo que anda ^{espacio;}
y la pupila aguda, cazadora y ceñida;
y la cuenca de sombras por rayos recorrida.
(Pretextos de que nazca la llama y logre ^{espacio}).

No más bellas que tantas otras bellas pupilas.
Tantas. Si las prendieran en desusadas filas,
como collar del mundo, serían su atavío.

Pero lo que adoraba no es lo mejor: yo busco
un modo de asomarse; el luminoso y fusco
resplandor de dos únicos orbes: lo que era mío.

CANCION DE LA MUJER ASTUTA

Cada rítmica luna que pasa soy llamada,
por los números graves de Dios, a dar mi vida
en otra vida: mezcla de tinta azul teñida;
la misma extraña mezcla con que he sido
amasada.

Y a través de mi carne, miserable y cansada,
filtra un cálido viento de tierra prometida.
y bebe, dulce aroma, mi nariz dilatada
a la selva exultante y a la rama nutrida.

Un engañoso canto de sirena me cantas,
¡Naturaleza astuta! Me atraes y me encantas
para cargarme luego de alguna humana fruta.

Engaño por engaño: mi belleza se equiva
al llamado solemne y de esta fiebre viva,
algún amor estéril y de paso, disfruta.

A F I N A M I E N T O

Mi alma, en su vaso humano incontinida,
va quemando mi cuerpo a llamaradas
y es un tallo de luz mi carne ardida,
un velo, transparente a las miradas.

Ya se me puede ver, tras aquel velo,
crecer el corazón, y en sus canales,
no ya rojizos, que color de cielo,
rodar mi sangre a saltos desiguales:

Que de un gemido soy la vestidura;
me yergo, rama heroica, hacia la altura,
y zumba en mi pasión toda pasión.

Música dulce fluyen mis entrañas,
y si el viento me roza las pestañas
ya muerde carne de mi corazón.

RAZONES Y PAISAJES DE AMOR

I

Amor.

Baja del cielo la endiablada punta
con que carne mortal hieres y engañas.
Untada viene de divinas mañas
y cielo y tierra su veneno junta.

La sangre de hombre que en la herida apunta
florece en selvas: sus crecidas cañas
de sombras de oro, hienden las entrañas
del cielo prieto, y su ascender pregunta.

En un vano aguardar de la respuesta
las cañas doblan la empinada testa.
Flamea el cielo sus azules gasas.

Vientos negros, detrás de los cristales
de las estrellas, mueven grandes masas
de mundos muertos, por sus arrabales.

II

Obra de amor.

Rosas y lirios ves en el espino;
juegas a ser; te cabe en una mano,
esmeralda pequeña, el oceano;
hablas sin lengua, enredas el destino.

Plantas la testa en el azul divino
y antípodas, tus pies, en el lejano
revés del mundo; y te haces soberano,
y desatas al sol de su camino.

A L P O N S I N A S T O R N I

Miras el horizonte y tu mirada
hace nacer en noche la alborada;
sueñas, y crean hueso tus ficciones.

Muda la mano que te alzaba en vuelo,
y a tus pies cae, cristal roto, el cielo,
y polvo y sombra levantan sus talones.

III

Paisaje del amor muerto.

Ya te hundes, sol; mis aguas se coloran
de llamaradas por morir; ya cae
mi corazón desenhebrado, y trae,
la noche, filos que en el viento lloran.

Ya en opacas orillas se avizoran
manadas negras; ya mi lengua atrae
betún de muerte; y ya no se distrae
de mí, la espina; y sombras me devoran.

A L F O N S I N A S T O R N I

Pellejo muerto, el sol, se tumba al cabo.
Como un perro girando sobre el rabo,
la tierra se echa a descansar, cansada.

Mano huesosa apaga las luceros:
chirrían por sus lóbregos senderos
con la pupila negra y descarnada.

MUNDO DE SIETE POZOS

| | |
|--|----|
| Mundo de siete pozos | 9 |
| Ojo | 13 |
| Y la cabeza comenzó a arder | 15 |
| Palabras degolladas | 19 |
| Camp-fire | 21 |
| El cazador de paisajes | 23 |
| Buque - Escuela (Jeanne d'Arc) | 25 |
| Playa | 29 |
| Poema de las sombrillas cerradas | 31 |
| Voluntad | 35 |
| Crepúsculo | 37 |
| Voz y contravoz | 39 |
| Agrio está el mundo | 43 |
| Congreso | 45 |
| El adolescente del osito | 47 |
| Retrato de García Lorca | 49 |

| | Pág. |
|--|-------------|
| Retrato de un muchacho que se llama Sigfrido | 53 |
| Ecuación | 57 |
| Llama | 61 |
| Sierra | 63 |
| De mi ciudad a tu ciudad | 65 |
| Balada arritmica para un viajero | 69 |
| Regreso en sueños | 73 |
| Frase | 76 |
| Danza irregular | 77 |
| Uno | 81 |

MOTIVOS DE MAR

| | |
|----------------------------------|-----|
| Círculos sin centro | 85 |
| Luna de marzo sobre el mar | 87 |
| Yo en el fondo del mar | 89 |
| Alta mar | 91 |
| Nácar marino | 93 |
| Tormenta y hombre | 95 |
| Faro en la noche | 97 |
| Mañana gris | 99 |
| Trópico | 101 |
| Marcha en silencio | 103 |
| Vientos marinos | 105 |

MOTIVOS DE CIUDAD

| | |
|-------------------------|-----|
| Vaticinio | 109 |
| Imagen | 111 |
| Momento | 113 |
| Calle | 115 |
| Plaza en invierno | 117 |
| Selvas de ciudad | 119 |

| | Pág. |
|----------------------------|------|
| La hora 19 | 121 |
| Una paloma | 123 |
| Hombres en la ciudad | 125 |
| Llovizna | 127 |
| Torre | 129 |
| Buques | 131 |
| Soledad | 133 |

S O N E T O S

| | |
|--|-----|
| Haz de tus pies | 137 |
| El hombre | 139 |
| Pasión | 141 |
| Una vez más el mar | 143 |
| Una mirada | 145 |
| Canción de la mujer astuta | 147 |
| Afinamiento | 149 |
| Razones y paisajes de amor: | |
| <i>I Amor</i> | 151 |
| <i>II Obra de amor</i> | 153 |
| <i>III Paisaje del amor muerto</i> | 155 |

Este libro se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres
Gráficos de la Editorial Tor, en Enero de 1935.

